

No puede negarse que la religión calvinista lleva en su seno, sin quererlo y sin saberlo, el unitarismo, creencia cristiana, que niega, sin embargo de ser cristiana, la sobrenatural divinidad de Cristo. ¿Quién le hubiera dicho á Calvino, cuando perseguía de muerte á Servet, y lograba condenarlo, y consumirlo en las hogueras, que la doctrina de Servet, había de hallarse, como una consecuencia natural y lógica, en el fondo de todo su calvinismo? Ya sabemos que la iglesia calvinista, lo mismo en Suiza que en Escocia, se ha opuesto á la iglesia unitaria con todas sus fuerzas, y ha fulminado sobre su cabeza rayos de cólera, extremando en su contra las persecuciones religiosas. Ya sabemos que los presbiterianos británicos, muy especialmente los escoceses, cuando han tenido el gobierno á su disposición, se han holgado en perseguir y exterminar á todos los representantes de la doctrina unitaria: en aquella Casta Magna de la libertad religiosa como la llaman los ingleses; negál ase todo derecho y toda tolerancia, tanto á los que creyeran por un extremo en la autoridad del Papa, como á los que no creyeran por otro extremo en la divinidad de Cristo. Así, resultan siempre las instituciones sociales, enemigas implacables de las consecuencias inmediatas que llevan en su seno. Al revés de lo sucedido en el mundo animal, donde los padres aman generalmente con pasión á sus hijos, sucede por una contradicción extraña en el mundo social, donde aborrecen los padres á los hijos y los hijos á los padres. Aborreció la Sinagoga á la Iglesia; la Iglesia al Luteranismo; el Luteranismo al Calvinismo; el Calvinismo al Unitarismo. Calvino, insistiendo mucho en la naturaleza humana de Cristo, preparó, sin quererlo y sin saberlo, aquella Iglesia unitaria que debía negar la naturaleza divina de Cristo. Servet, Valdés, Socino, aparecen como pensadores aislados, que resucitan, ora en toda su desnudez el arrianismo condenado por el Concilio de Nicea, ora el dogma transcendental de la trilogía ó Trinidad, no según lo entendía el Cristianismo en todas sus manifestaciones, sino según lo entendía el neo-platonismo en todas las escuelas alejandrinas. Sea esto lo que quiera, encuéntrase la raíz principal del movimiento unitario, en el puritanismo británico. Entonces nace verdaderamente la Iglesia, que alza la idea de Dios á inaccesibles alturas metafísicas y que ve á Cristo como un hombre, de suyo empapado en la luz divina, y no como un Dios, segunda persona de la Trinidad Santísima: dogma negado por esta Iglesia, que vuelve al monoteísmo semítico y prescinde por completo de toda la metafísica indo-europea contenida en la Cristología tradicional y ortodoxa. Corría el año 1648; legislaba el largo Parlamento, cuando apareció el germen de las doctrinas anti-trinitarias en varios conventículos de Londres. Bien pronto estas ideas encontraron intérprete inspiradísimo en la persona de Biddle, maestro insigne de Oxford, y que dedujo el unitarismo, no de los socinianos españoles é itálicos, del culto al Evangelio y á la Biblia. Expulsáronlo de su cátedra por escandaloso; recluyéronlo en las prisiones reservadas á los más empedernidos malhechores; y tuvo medios todavía de publicar des tratados, en que negaba la divinidad de Cristo y la existencia del Espíritu San-

to. Ardieron sus obras en las hogueras, atizadas por los presbiterianos, demócratas poseídos de la inquisitorial intolerancia de su siglo, á cuyo sentido sólo se sobreponen los espíritus elevados, cumbres altísimas, en las cuales reverbera la luz divina de los nuevos días del progreso. El dogma de la humanidad de Cristo fué atacado por leyes parlamentarias que contenían penas gravísimas. El destierro siguió á la prisión; y Biddle dió consigo en apartadas islas. Cuéntase del Protector que lo defendió cuanto pudo de la intolerancia puritana, y que le mandó mil veces socorros sacados de su propio peculio. Pero lo cierto es que murió el fundador de la Iglesia unitaria en misera cárcel, dejando tras sí, como todos aquellos defensores desinteresados de una idea, grande número de adictos y de discípulos y de sectarios. Los tres nombres más ilustres del siglo décimo séptimo pertenecieron á la Iglesia unitaria de Inglaterra: Milton, el primer poeta inglés, cuyos versos componen uno de los más bellos esmaltes en la corona espléndida é inmortal de la literatura británica; Locke, fundador con Bacon de la filosofía inglesa; Newton, aquel á quien le revelara el cielo sus más preciados secretos, intérprete maravilloso de la gravedad universal. Para esta escuela, Cristo no ha entrado en el mundo entre las *aleluyas* y *hosannas* de los ángeles; ni ha visto llegar á su cima los Reyes del Oriente mágico guiados por la mística silenciosa estrella; los mares de Galilea no se han serenado bajo sus plantas, ni las piedras del desierto se han convertido en pan al eco de su palabra; en su muerte, ni se han partido de dolor las piedras, ni se han cubierto de luto las alturas, continuando la indiferencia del Universo por los dolores humanos; y ya en su sepulcro, ni ha sentido volver el calor de la sangre á sus venas, ni se ha levantado por la resurrección hasta transfigurarse con las metamorfosis sobrenaturales propias de un Dios en las cimas sublimes del Thabor: santo, sí, tres veces santo, ha sostenido la más pura moral con su palabra y con su ejemplo; ha condensado las ideas exhaladas por las orillas del Jordán llenas de Profetas en sus sublimes labios; ha orado en los senos de los desiertos y en las cimas de los montes para pedir á Dios sus revelaciones y sus confianzas; ha consumido su vida en la virtud, en la predicación; y ha muerto por su idea, siendo así, no el Redentor único, pero sí de esos predestinados á idealizar la vida y á atraer el espíritu creador y divino, al seno de nuestra misera humanidad y á las tinieblas de nuestro desgraciado y tenebroso planeta.

El movimiento teológico, determinado por el unitarismo, no podía detenerse tan sólo en los límites de su Iglesia; necesitaba salir de ella, y llegar á mayores y más elevadas consecuencias. Así, estalló dentro de las escuelas monoteístas una doble impulsión, que llevaba de suyo á muchos judíos por una parte, y á muchos cristianos por otra, en alas de las nuevas ideas, á un teísmo verdaderamente universal y sublime. Los judíos quitaban á su religión el carácter de nacional y exclusiva; perdían ellos mismos aquella supremacía de tribu sacerdotal y religiosa, que por tanto tiempo se arrogaran en la Iglesia; desasian-



se del Thalmud, equivalente á nuestra patología; elevaban á una en la espiritual montaña de Sión divino templo al Jehová espiritualizado y universalizado por la humana conciencia, mientras los teistas, por su parte, quitaban á Cristo y á su personalidad singular el carácter profético imputado por los unitarios; ponían su nombre junto á nombres tan dispares del suyo como Shakespeare y Voltaire; fundando luego un culto, en el que, á las meditaciones profundas y silenciosas, por los acordes sublimes del órgano acompañadas, seguíanse arengas científicas y morales, ó lecturas de libros como los Vedas, Confucio, Manon, Moisés, Sócrates, Platón, Descartes, componiendo así, frente á frente del libro divino de la tradición religiosa, la Biblia universal del humano linaje. ¡Qué poema, Dios mío, la epopeya del puritanismo! Aquellos pueblos cristianos de la Edad Media, que se levantaban al grito de «Dios lo quiere», y tomando la cruz roja en su pecho, la espada en su cinto, el lanzón en su mano, se iban por los desiertos al acaso, en busca del Sepulcro de Cristo, y sólo encontraban el sepulcro de la feudalidad y la raíz de las comunidades; todos aquellos pueblos, decía, no han hecho cosa tan grande como la cumplida por los peregrinos de la *Flor de Mayo*, quienes, lanzándose á las olas, para huir de la intolerancia religiosa, encontraron, al término de su viaje, allá en las selvas vírgenes de la joven América, los altares propios del Dios de la libertad, á cuyo calor y á cuya luz en el Nuevo Mundo se cuajaron la democracia y la República, esas dos grandes cristalizaciones cristianas. No sé quién dijo: ¡bendita culpa la culpa de Adán, que pidió y trajo la venida de Cristo! Pues persecuciones bienhadadas las persecuciones de Isabel I y de Jacobo I de Inglaterra, que trajeron la peregrinación puritana, y con la peregrinación puritana el establecimiento y el desarrollo de la República y de la democracia en el Nuevo Mundo. Comenzó el puritanismo en tiempo de Isabel por una proclama contra el espíritu anglicano, que sustentaba la liturgia y la jerarquía bajo el protestantismo. Al calor de tal protesta desarrollábanse con energía los principios religiosos del calvinismo y sus consecuencias republicanas. La última Tudor y el primer Estuardo calcularon todas las consecuencias contrarias á la religión oficial y al estado monárquico existentes en la doctrina puritana, y la proscribieron, obligándola mal de su grado, á refugiarse allá en Holanda, en Leyden, donde habían oído decir que pertenecía por derecho á todos la libertad religiosa. Más tarde tomaron de la realeza tradicional é histórica bien cruento desquite con la inmoliación de Carlos I. Digase cuanto se quiera del rigor extremo calvinista, no puede negarse que contenía los gérmenes de un gobierno libre, y que, haciendo al sacerdote un delegado de los fieles, constituía el sufragio universal religioso y la verdadera República cristiana. Al mismo tiempo, en la época de la independencia, los Estados-Unidos, para conseguir que todas las sectas se unieran contra la metrópoli, abolieron la religión del Estado, separaron todos los elementos religiosos de todos los elementos oficiales, dando así la fórmula indudablemente más luminosa que puede hoy entreverse para la democracia

universal en los celajes resplandecientes de un dichoso porvenir. El puritanismo americano fué á dar en la Iglesia unitaria también. Esta Iglesia tuvo un predicador extraordinario en el gran apóstol Channing, quien, reduciendo el Cristianismo á sus dogmas y verdades más racionales, hizolo verdaderamente progresivo; y exaltando el criterio puro de la razón individual, preparó la concordia del saber humano y de la revelación divina, de la fe y de la filosofía, en feliz y no remoto porvenir. El gran predicador anglo-sajón, á cuyo nombre tantas obras humanitarias hoy en el agradecimiento de la Historia se unen, apartó las nieblas del mundo, que habían puesto como un sudario sobre la Iglesia de los espíritus, y exaltando la razón humana, último extremo de la Creación divina, encontró en ella, en ese inmenso libro espiritual, mayor número de verdades escritas, que en todos los libros tradicionales y litúrgicos. Mas, el unitarismo puro tenía dos defectos graves: sus propensiones demasiado semíticas y su olvido de toda la ciencia helénica, cuya esencia y sustancia se halla en armonía tan grande con los principios fundamentales que son cuasi congénitos á todas las razas arias. Mas, para completar el unitarismo de Channing, llegó, como enviado del cielo el transcendentalismo de Parker y Emerson. Éste un profeta y aquél un tribuno, ambos á dos idealistas, pero no de un idealismo que se quedase aislado en las cumbres del alma, sino de un idealismo que transcendía por su propia y natural virtud á todas las grandes realidades y á todos los múltiples séres del infinito Universo. Á la idea de Dios, que siente nuestro corazón, que adivina nuestra inteligencia, que piensa nuestra razón pura, corresponde la realidad absoluta del Sér eterno y supremo; toda la naturaleza resulta una epopeya, en cuyos cánticos las cosas inertes y materiales hállanse animadas por ideas que parecen sus almas vivas; y, así como á nuestro sentimiento religioso corresponde un templo, que cimentando sus bases en la tierra, boga por los cerúleos espacios del misticismo etéreo; y, así como al sentimiento estético responde la estatua, el cuadro, la lira, el arpa, el himno, todos esos ideales realizados y esplendorosos; á nuestros conceptos primeros del bien, de la verdad, de la hermosura, corresponde un orden divino; pues todo se relaciona en el espíritu y en la naturaleza: las tres fuerzas del cósmico equilibrio, con la tesis, la antítesis y la síntesis; los colores del prisma, con las notas de la música; las ondulaciones de la luz, con las ondulaciones del sonido; el magnetismo animal, con la electricidad externa; el alma, con Dios; las afinidades químicas, con las afinidades morales; las atracciones de las moles, con los progresos de los Estados; la fe, con la idea, y la religión, con la ciencia. ¡Oh! Después de todo esto, bien puede asegurarse que las ideas religiosas del cristianismo democrático van por impulso propio en pos de una síntesis universal, sobre cuyos términos se fundará la religión cristiana de lo porvenir, como sobre la síntesis del helenismo y del judaísmo se fundó la religión cristiana de lo pasado. Y, para continuar en la demostración de nuestra tesis, bien puede asegurarse que las iglesias presbiterianas, desde Ginebra y Neuchatel hasta Filadelfia y Boston, exhalan un himno perpetuo.